

ADMINISTRADOR APOSTOLICO PARA MADRID

Tenemos nuevo arzobispo: no definitivo, pero sí para administrar apostólicamente nuestra diócesis por el tiempo necesario, con las mismas prerrogativas y responsabilidad que si fuese titular definitivo.

El nombramiento, como todo el mundo sabe, ha recaído en la conocida figura de don Vicente Enrique y Tarancón. Un hombre dinámico, de palabra fácil y clara, independiente y con una buena experiencia de los hombres y de los hechos.

Su postura equilibrada y sin compromisos, y sus veinticinco años de obispo y cuarenta y uno de sacerdote, casi siempre con cargos complementarios de mayor amplitud que una simple diócesis (consiliario de Acción Católica, secretario del episcopado en su tiempo, miembro y presidente de comisiones episcopales, primado de España y cardenal), han hecho que Roma se fijase especialmente en él para un cargo tan delicado como el de la diócesis central de España tras la muerte del recio, pero discutido, don Casimiro.

Tiene ahora sesenta y tres años, pero —según confesión propia— apenas los nota, pues en sus largos años de obispo no ha estado ni un solo día enfermo en la cama ni ha sido visitado por ningún médico. Es uno de los pocos mortales que no sabe si tiene la tensión baja o alta.

Su actitud religiosa ante los problemas de hoy día la ha ido vertiendo, año tras año, en cartas pastorales, que carecen de la solemnidad acostumbrada y en las que aborda —en forma de un verdadero libro, publicado por alguna editorial católica— diversos problemas de actualidad. La espiritualidad nueva de la incógnita de la juventud, el pluralismo y transformación de la Iglesia moderna son unos cuantos de los múltiples temas abordados por él con franqueza y con un criterio claro, pero matizado, sin inclinarse por ninguna tendencia extrema.

Es lo que podríamos llamar —si valiera este tipo de calificaciones usuales— un hombre de centro.

Lo fue ayer y lo es hoy. Lo que ocurre es que en un ambiente excesivamente conservador como el de otros tiempos, su centrismo era más derechista. Hoy, que los tiempos avanzan para la Iglesia también, está más en su sitio equidistante.

Pero su característica fundamental —en mi opinión— es la diplomática franqueza, sin aristas ni estridencias. Reconoce sin asustarse lo que ha cambiado el mundo y lo necesario que es que un pastor sepa comprenderlo sin atemorizarse ni echarse para atrás.

«Hace veinticinco años —confesó hace tres meses—, ser obispo era relativamente fácil: estaban las cosas casi hechas». Pero «el estallido oficial del Vaticano II lo ha cambiado casi todo prácticamente». Y una de las consecuencias más importantes ha sido que «el obispo ya no está en la cumbre de la autoridad, del honor y del poder, sino que ha de ser, sencillamente, el animador de toda la pastoral diocesana... Y ello exige, además de una enorme sencillez externa, un intenso contacto con los fieles».

Al enjuiciar la crisis actual del sacerdote, se mostró decidido partidario —contra viento y marea— de la Asamblea de Obispos y Sacerdotes, que se celebrará después del verano y que concitó las iras de ciertos eclesiásticos y revistas conservadoras, intentando su boicot. Pero él prefirió el diálogo franco y democrático al orden exterior que oculta los problemas, y que por eso los cree así resueltos. Con esa actitud abierta, las tensiones en su Seminario de Toledo son menores que en otros lugares. Sin embargo, él no cree que siempre haya acertado, porque conoce y sabe los límites de su condición.

Su opinión sobre el debatido tema de las pequeñas comunidades cristianas de base, que están apareciendo por todos los sitios, no es la de recelo —como le ocurrió, por ejemplo, a don Casimiro—, sino que comprende que es una experiencia vital y profundamente cristiana, aunque haya tanteos y vacilaciones en el camino emprendido e incluso algunos no acierten.

Pero en vez de fijarse en los aspectos negativos, prefiere monseñor Tarancón ver lo positivo de esta profunda renovación eclesial, porque la grandiosa estructura jurídica del catolicismo está a punto de venirse abajo por incapacidad de orientar y vivir los nuevos problemas de la fe en los creyentes que se desprenden de una rutina de siglos.

Además, las personas informadas de las interioridades eclesiásticas saben que el cardenal Tarancón ha llevado las principales conversaciones sobre el Concordato y otros muchos y delicados problemas que afectan a la relación entre la Iglesia y la sociedad civil.

¿Cómo es posible entonces que Roma, sabiendo esto, dejase que viniera —por complacer al cabildo catedralicio— una persona, a gobernar esta difícil y complicada diócesis del centro de España, sin ese bagaje de serenidad, respeto del pluralismo e independencia de criterio ante las cosas temporales?

En el mes de enero de este año se hizo público un documento firmado por unos trescientos sacerdotes, algunos muy especializados en pastoral (y entre ellos sesenta párrocos), que confesaban «la grave situación que padece nuestra diócesis desde el punto de vista religioso». Aludían con diáfana claridad al problema tan inadecuadamente resuelto del Seminario, al descontento de gran parte del clero, al desánimo de los seglares, que habían sido apóstoles decididos hasta hace poco; a la ausencia de soluciones modernas a los importantes y decisivos problemas pastorales de los sectores obrero, universitario, parroquial, urbano y rural. Y ello provenía, en parte, de la inquietud por el rumor del nombramiento de unos obispos auxiliares, que no aportarían ninguna nueva y clara solución, sino más bien lo contrario.

Y a todo ello, ¿qué se respondió? Lo primero, con un documento del Consejo Presbiteral —del que después algunos miembros se han desdicho en privado—, que respondía sólo con cifras (que nada dicen de lo profundo de estos graves problemas) sobre el aumento numérico de parroquias (estructura anticuada que está en crisis), o del incremento de tribunales eclesiásticos (hoy cuestionados en su estructura por muchos especialistas y teólogos), o de la implantación de algunos otros detalles que no resuelven lo más importante. Y lo segundo, se ha respondido con una reacción contra el nombramiento de Tarancón, expuesta en un escrito a ciclostil difundido hace unos días ampliamente, como si correspondiese al sentir de los movimientos de apostolado madrileños, cuando (en una lectura minuciosa del texto) hábilmente se deja ver que quienes lo escriben son sólo algunos miembros de esos movimientos, movimientos que resultan cada vez más minoritarios, y que sólo representan una pequeña cantidad de los muchos grupos de apostolado existentes, varios de los cuales —por otra parte— están orientados de muy distinta manera de lo que representan esos fieles madrileños del panfleto.

Lo curioso es que quienes en esta diócesis madrileña, seglares o clérigos, tanto han defendido la obediencia ciega a don Casimiro, ahora pongan tantos «peros» a Roma, en una decisión que está plenamente justificada canónica y conciliarmente, y —sobre todo— desde el punto de vista de las necesidades de nuestra pastoral.

Me recuerda esta postura, de quienes predicaron hasta hace dos días la obediencia ciega, a los equilibrios que la revista francesa integrista «Itinéraires» hace para desobedecer, ahora que no le conviene, a Pablo VI; y apela a la «seguridad suprema de la Tradición» contra «las debilidades en el gobierno del Papa» y «los actos y decretos dudosos». («Itinéraires», juillet-août de 1970.) Claro está que ya sabemos a lo que los conservadores llaman, en la Iglesia, Tradición: a su modo de grupo anticuado, de ver la enseñanza dinámica del Evangelio.

MIRRET MAGDALENA